

Del otro lado del tiempo

Jorge Nawrath

SON TIEMPOS DIFÍCILES— dice mi amigo y apoya su mano en mi hombro un poco ya viejo— ¡Son tiempos difíciles!— Pero, ¿hubo alguna vez un tiempo fácil? Desde que tengo recuerdo (acudo a la memoria colectiva incluso) los tiempos me han parecido nada de fáciles. A veces, tal vez, un poco más quietos; a veces, quizá, un poco más delgados. Pero fáciles...

El tiempo: esa dimensión exclusivamente humana. Ni las aves, ni los pastos, ni las piedras lo poseen. Sólo el hombre. ¡Qué alarde de imaginación para un presente dudoso! Es como para creerle a Borges que existe en la Divinidad una no despreciable dosis de humorismo. Borges, el ciego prodigioso que se movía en las sombras como un trozo de luz: "*Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta manifestación de la sabiduría / de Dios, que con magnífica ironía / me dio a la vez los libros, y la noche*". ¡Como para incorporarlo a la galaxia!

Llego a pensar que *tiempo* es sólo otra denominación para *ansia* (por supuesto no *ansiedad*, sólo y sola: *ansia*) ese sentimiento que nos mueve para alzarnos y dejarnos caer, intermitentemente. A propósito de nada: hace ya algunos años (¿1911?) — demasiado pocos para tan pertinaz olvido— Fernando Santiván (el carpintero de vocación y escritor de oficio), premioso de necesidades— eran tiempos difíciles— aprovechó los breves días de cama de un violento resfrío para escribir una también breve novela: *Ansia*, que obtuvo el premio de un concurso con cuyo dinero pudo sobrevivir un tiempo. Que yo sepa, es la primera y tal vez única gripe que, junto al romadizo, dejó escurrir una obra de arte. Fernando Santiván y su tiempo. Duro tiempo que no hacía más blando ese cuñado legendario que se llamó, por otro nombre, Augusto D'Halmar, y cuyo parentesco, a pesar de sus luces, no creo que fuere recomendable para nadie. Fernando Santiván, el enamorado de Ernestina Pérez, la primera mujer médico-cirujano de Chile (¡Que horror!, chilló el beaterio), profesión a la que llegó después de recorrer *el camino más largo*. El impulsivo Fernando Santiván que, acusado de irascible y agresivo, sólo pudo disculparse diciendo: "*soy un animal dañino, cuando me atacan me defiendo*". Lo conocí casi al final de su tiempo: me pareció un gigante tierno y bondadoso. Le faltaba el dedo cordial, creo, de la mano derecha, consecuencia del mordisco sorpresivo de una garlopa veleidosa.

Ya no escribía. La verdad, hacía mucho que no escribía, convencido de que a la altura (¿o a la profundidad?) de aquellos tiempos (¿qué queda para los actuales?) la gente no tenía tiempo para leer. "*Escriba Ud. breve*", recomendaba a un novel escritor, sospecho que para no desanimarlo por completo. En tanto, él seguía arrancando virutas de las maderas olorosas del Sur.

Por esos años andábamos un grupo de la Universidad de Chile con una respetable grabadora al hombro y metros y metros de cable tratando de registrar la voz de cuanto personaje conspicuo vivía o se detenía en Chile, en un programa que se denominó provisionalmente: "*El Archivo de la Palabra*" (denominación copiada, naturalmente, de uno similar extranjero) y que tal vez debimos llamar, *De Profundis*, no por ganarle el quién vive a nadie ni porque estuviera destinado a difundirse después de la muerte de los entrevistados (lo que hoy sería así), sino porque las cintas magnetofónicas desaparecieron en las profundidades subterráneas de un edificio con vocación de escenario y suerte de mausoleo. De las innumerables voces que, si aún existen los registros, constituirán hoy un conjunto de chillidos ininteligibles, sólo una parece haberse salvado del torpe naufragio: la de Alejandro Casona, rescatada por alguna radioemisora que mucho tiempo después aun retransmitía la entrevista excluyendo de ella, con razón y buen gusto, la voz del locutor improvisado que formuló las preguntas ante la ausencia imprevista del profesional a cargo de ellas.

Fue con ocasión de aquel programa que tuve la oportunidad, casi siempre afortunada, de conocer a Santiván y a tantos otros que brillaron o aún brillan en sus obras y hechos. Era todavía estudiante cuando debí entrevistar al gran penalista español Luis Jiménez de Asúa. En el auto en que nos dirigíamos desde la Escuela de Derecho (había escrito *Leyes*, pero un colega por poco me quita el título), en donde acababa de dictar una conferencia, hasta el hotel en que se hospedaba, el maestro, ubicado en el asiento delantero, volvía la cabezas reiteradamente para interrogarme, mientras a su lado, conduciendo el vehículo, un brillante profesor hacía solemnes esfuerzos por meter baza en el desproporcionado diálogo. "*Todo tiempo pasado fue mejor*". Claro, porque lo pasamos.

Y ahora, dime padre: ¿qué hay, del otro lado del tiempo? ■